

II PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA
SOLAR DE SAMANIEGO

FRANCISCO ROBLES

La
MALDICIÓN
de los
MONTPENSIER

algaida



El jurado del II Premio Internacional de Novela Solar de Samaniego estuvo presidido por Luis Alberto de Cuenca y compuesto por Jesús Ferrero, José María Merino, Soledad Puértolas y Luis del Val, resultando ganadora la novela titulada *La maldición de los Montpensier*, de Francisco Robles.

Primera edición: 2016

© Francisco Robles, 2016
© Algaida Editores, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-688-2
Depósito legal: SE. 1397-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1. Salvar al escultor Susillo	13
CAPÍTULO 2. Las manos de la Amargura	37
CAPÍTULO 3. El sí de las niñas	65
CAPÍTULO 4. Las bodas reales	89
CAPÍTULO 5. Noches de bodas	115
CAPÍTULO 6. La Revolución de 1848	145
CAPÍTULO 7. La infanta abandonada	177
CAPÍTULO 8. El exilio sevillano	199
CAPÍTULO 9. Salvar al sargento Sanz	213
CAPÍTULO 10. El palacio maldito	237
CAPÍTULO 11. España sin rey	267
CAPÍTULO 12. Camino del exilio	289
CAPÍTULO 13. <i>Annus horribilis</i>	311
CAPÍTULO 14. El informe Roquero	329
CAPÍTULO 15. Conversación en la carroza	349
CAPÍTULO 16. La última confesión	377

A Consuelo

«Que todo lo ganaron y todo lo perdieron»

MANUEL MACHADO

CAPÍTULO 1

SALVAR AL ESCULTOR SUSILLO

1

*Consolatrix afflictorum, ora pro
nobis, Auxilium christianorum, ora
pro nobis, Regina angelorum...*

—HAY QUE SALVARLO COMO SEA...

La voz de la infanta María Luisa Fernanda de Borbón apenas traspasó el humo de los latines. El eco cortó la letanía azulada del incienso. Estaba rezando el rosario en la capilla del palacio de San Telmo cuando le dieron la noticia. La noche había caído sobre la ciudad de Sevilla. Una noche envolvente como un celofán húmedo. Fría hasta el extremo de llegar a la médula de los huesos. La mirada baja de la infanta alcanzó a ver una manga negra y algo raída, los puños blancos de la camisa, la plata ajada y brillante al mismo tiempo, levemente amarillenta como las hojas del otoño que acababa de morir aquel día: era 22 de diciembre. En los corrales de vecinos don-

de sobrevivían la pobreza y la esperanza se preparaban los cóctales y las zambombas que explotarían al cabo de dos noches. El sobre contenía una esquela breve, apenas tres frases que resumían el suceso recién acaecido. La noticia había caído sobre el alma de la infanta como si fuera uno de los misterios dolorosos del rosario que se vio apagado de repente. En el aire se quedó impregnando el final del último avemaría.

—Algo muy grave debe de haber ocurrido cuando interrumpen el rezo de la infanta. —Se escuchaba en las cocinas donde el caldo de la sopa hervía en las ollas como si fuera la noticia que acababan de darle a Su Alteza.

La ciudad herviría al día siguiente de la misma manera. O esa misma noche. O ya estaba hirviendo en algunos de sus cenáculos y el calor burbujeante no había llegado aún a San Telmo, el palacio grandioso y barroco situado extramuros, junto al río.

—Hay que salvarlo como sea...

La infanta repitió la frase y se quedó con el papel en la mano izquierda. En la derecha, el rosario empezó a repique-tear de nuevo con esa monotonía de la lluvia. Las damas que acompañaban a la infanta se miraban sin decir nada mientras todo se lo decían con leves gestos que apenas rompían la neblina del incienso. La capilla de la Virgen del Buen Aire, imprescindible para entender la arquitectura interior del palacio de San Telmo, era el lugar preferido de la infanta. Allí pasaba buena parte del día. Rezando. La planta cuadrangular y anodina si no fuera por los oros de los retablos o por los caprichos de las yeserías. El triple de larga que de ancha para guardar esa proporción grata al sentido del equilibrio. Mucha decoración y poca arquitectura, como se estilaba en el siglo anterior, que para la infanta era el XVIII. Lienzos y pinturas murales. Protegida por la bóveda de cañón como un cielo curvo y sólido al

mismo tiempo, justo lo que buscaba la duquesa de Montpensier. El presbiterio protegido por el cuarto de esfera de su bóveda.

Allí pasaba el día la mujer que sólo esperaba el momento de entregar su alma a Dios. Rezando ante el retablo mayor. Dorado. El sotabanco de piedra jaspe. Mucho poderío. La infanta le reza a la Virgen del Buen Aire, protectora de los navegantes que viven al albur de los vientos, que preside el gran retablo. Ropajes estofados. Se nota la mano magistral de Juan de Oviedo. Al principio sólo estaba tallada en su frontal, cuando estaba colocada en el edificio que la universidad de marreantes poseía en Triana, justo al otro lado del río. Desde el balcón principal de San Telmo se ve aquella casa minúscula si la comparamos con la magnificencia colosal del palacio que compraron los Montpensier. En las calles laterales del retablo, san Pedro y san Andrés. La infanta también les reza. En el ático, san Fernando y san Telmo. Detrás de ellos, la conquista de Sevilla. La infanta sigue rezando el rosario. Piadosa hasta el extremo de la beatería, María Luisa Fernanda de Borbón se mantiene fiel a los preceptos que ella misma se había marcado. Como si le fuera la muerte en ello.

Tras el rezo de las letanías que le ponen el broche del *ora pro nobis* al rosario, la infanta permaneció unos minutos en silencio. Las damas se fueron retirando. Una a una. Leves inclinaciones de cabeza como señal de respeto. Otra vez los gestos que pretendían conservar un mundo, una época, un siglo que estaba muriéndose en los almanaques y en los ritos. Aquel 22 de diciembre de 1896 empezaba a terminarse todo, y la infanta lo sabía. Lo había leído en aquel billete que le había pasado un criado fiel que pronto se dedicaría a profanar su memoria hablando mal de ella en los colmados del arrabal de Triana. Todo estaba cifrado en esa tinta negra como la noche que teñía

de luto los cristales de las ventanas de un palacio que estaba maldito. Es una pena que su esposo, Antonio de Orleans, duque de Montpensier, no esté vivo para que pueda demostrárselo de forma empírica, como decía aquel hombre pagado de sí mismo con su acento incorregible y francés. El palacio estaba maldito, y la prueba irrefutable era aquella misiva que le había quitado la telaraña del sueño y la imperceptible punzada de un apetito que ella se había impuesto para no desfallecer, y que en nada se parecía al hambre de verdad.

Con los labios resecos de la edad, con la mirada acuosa, con esa tristeza líquida que inunda los recovecos del alma, con las canas donde un día hubo noche en forma de cabellos negríssimos y peinados en bandós, con una voz que apenas se abría paso en aquel aire cargado de recuerdos y de olor a incienso, la infanta le daba una orden a su propia sombra.

—Hay que hacer lo que sea por salvarlo...

2

SE LLAMABA ANTONIO. SU PADRE LE CAMBIÓ EL APELLIDO CUANDO nació el siguiente hermano. Era mercader de aceitunas y había conseguido un puesto digno en la escala social de aquella ciudad aún sometida a la división estamental del Antiguo Régimen. El apellido original no era propio de quienes pretendían ascender en ese reducto de la pequeña burguesía que formaban los comerciantes. Antonio Sucillo denotaba un origen que no era precisamente muy limpio. Y eso, en una ciudad donde la limpieza de sangre seguía formando parte del imaginario social, no estaba bien. Por eso el padre les cambió el apellido a todos, incluido a sí mismo. El seseo que se practicaba en la ciudad y que se exportó a América en los siglos del

monopolio con las Indias ayudaba mucho. Sucillo y Susillo se pronunciaban de igual manera. Pero el segundo no estaba su-
cío. Y así quedó para la historia.

Antonio Susillo salió aquella mañana del día 22 de diciembre de 1896 muy temprano. A las ocho y cinco. No saludó a quien lo vio salir de su casa. Una hora extemporánea para un artista como él. Atravesó el patio de su casa de la Alameda. En lugar de dirigirse al taller donde ejercía su oficio de escultor, tomó las calles que conducen al río. Antes tendría que cruzar las vías del ferrocarril. Antes de que llegara este invento a la ciudad todo era más fácil. Aquella zona, conocida como la Barqueta, era un paraje natural que se abría a las mismas puertas de la vieja ciudad amurallada. Ahora no hay muros, los derribaron hace menos de treinta años. Pero ahí están las vías con sus traviesas para marcar el territorio. Hacía frío. Humedad. Era 22 de diciembre. El día en que murió un poeta que marcó la obra de Susillo. Siempre quiso ser el Bécquer de la escultura. Incluso esculpió obras que tituló inspirándose en las *Rimas*.

Susillo vestía de negro, como una premonición o un desafío. Negro el cabello compacto, la barba cuidada. Había negrura en la mirada y en el color de los ojos, en el gesto taciturno, en la figura escueta. Ni una gota de color. Su expresión era severa. Bajo la chaqueta negra ocultaba un arma de fuego. Pequeña. Lo justo para acabar con la vida del hombre al que odiaba. Tenía que quitárselo de encima si quería ser feliz. Él era el responsable de todas sus desgracias. El que le había impedido convertirse en un artista de fama internacional. Caminaba con paso decidido. Sabía que aquel hombre estaría junto a las vías del tren a aquella hora de la mañana. El encuentro era inevitable. Y él iba armado, decidido a terminar de una vez por todas con su enemigo.

Aquella mañana nublada y fría, húmeda y triste, Antonio Susillo salió temprano de su casa. Recorrió la Alameda de Hércules, ese paseo que ocupó en el siglo del Renacimiento la antigua laguna que formaba un brazo perdido del Guadalquivir. A esa hora se desenredaban los flamencos de las mujeres de la vida, mezclados en la maraña de la juerga. Al llegar al extremo de la Alameda más cercano al centro de la ciudad, Susillo alzó la mirada. Allí, elevados sobre sendas columnas romanas que habían sostenido el templo de la calle Mármoles, las estatuas de Hércules y Julio César como trasuntos de Carlos V y Felipe II. Sus ojos de escultor escrutaron por enésima vez el paso del tiempo que esculpe al revés. Erosión. Decadencia.

Bajó por la antigua calle del Puerco, donde el pintor Francisco Pacheco estableció el taller que le sirvió de escuela al genio que terminará por convertirse en su yerno: Diego Rodríguez de Silva y Velázquez. Al final de esa calle se abre la plaza del Duque de la Victoria, vulgo Espartero. Susillo vio desde lejos la estatua de Velázquez que salió de sus manos. Lo vio de espaldas, como si el pintor estuviera despidiéndose de su autor.

Torció a la derecha y buscó la plaza de la Gavidia. Allí, subido a un pedestal que realzaba su figura y su leyenda, el bronce de Daoíz. O de Daoiz, como lo llaman sus paisanos. El militar valiente que nació en Sevilla se enfrentó con los franceses a cuerpo limpio. En la calle. Murió como un héroe. A Susillo le hace falta la determinación del hombre de bronce que también salió de sus manos. El pie adelantado que se sale literalmente del pedestal. La mirada alta busca el horizonte que hay más allá de las penurias que nos ofrece la vida. En su mano derecha, un papel arrugado es el símbolo de que Daoíz no se pliega al pliego de condiciones que le ofrece el francés para que pueda salvar su vida. La dignidad no tiene precio ni sabe

de intercambios. Es mejor una muerte digna que una prisión donde el alma no pueda hacer otra cosa que reptar por los suelos inmundos de la vergüenza.

Susillo necesita ese valor, esa fuerza de la mano izquierda empuñando el sable. Es un artista, no un soldado. Es un escultor que nada tiene que ver con los valores ni con el arrojo de la milicia, pero esta mañana habrá de enfrentarse, cuerpo a cuerpo, con el hombre que pretende terminar con su vida. Por eso le reconfortan los bajorrelieves que él mismo ideó y que sobresalen de las caras laterales del pedestal. Ahí se ve a Daoíz luchando y muriendo por la patria, que es lo mismo que luchar hasta la muerte por el orgullo. Y por la memoria que habría de dejarles a los suyos. La estatua se la encargó el Ayuntamiento, y ahí está. Se fue Daoíz. Se irá algún día Susillo. Puede que se vaya hoy mismo. Pero los dos seguirán en el recuerdo de quien se acerque a esa plaza donde los niños jugarán, los viejos tomarán el sol y los que ignoran la historia se dedicarán a comer y a beber en las mesas y en los veladores que con tal fin se dispongan. Es la otra cara de la muerte. La irónica.

Susillo se sitúa frente a la estatua de Daoíz. La mira en silencio. Es temprano. La mañana aún está verde, como el bronce arrugado de los bajorrelieves. Alguien lo llama por su nombre.

—Don Antonio, buenos días, hay que ver la magnífica estatua que salió de sus manos, es usted un artista que pasará a la historia de esta ciudad, ¿qué digo de esta ciudad?, usted figurará con letras de oro en la historia universal de la escultura...

Susillo se vuelve para ver la cara de su interlocutor. El miedo se modela con la forma imprecisa de un hueco. Siempre. A su lado no hay nadie. Sólo el aire húmedo y desapacible de una mañana de diciembre. Con un escalofrío que disimula como puede, el artista desanda lo andado, pero lo hace por

una vía paralela. Recorre la calle Palmas en busca de la casa donde nació quien murió tal día como hoy hace veintiséis años: dos veces el fatídico trece. Una para cada uno. La casa no guarda huella ni memoria del poeta que la habitó. Susillo recuerda algunas rimas, alguna leyenda, algún verso suelto. Más escalofríos. Y se duele por dentro cuando a su memoria viene aquel monumento que no le dejaron esculpir. Siempre quiso ser el Bécquer de la escultura. Siempre quiso inmortalizar al poeta que lo inspiraba con sus versos. Sus manos traducían las palabras en volúmenes, la sintaxis en barro. Los academicistas de siempre se opusieron a su proyecto. Había una confabulación contra él. No estaba paranoico. Era la pura realidad. Cómo le habría gustado darle los buenos días a un Bécquer situado allí, en el barrio donde vivió. Pero no pudo ser. Con paso decidido se dirige a la cercana plaza de San Lorenzo para atravesarla en busca del río.

Sus zapatos marcaban el paso por las últimas calles de la ciudad, las que dan a poniente. Había dejado atrás la calle donde nació Bécquer. En la plaza de San Lorenzo, aquella torre medio desmochada que le provocaba malestar. No soportaba la falta de armonía.

3

—HAY QUE SALVARLO COMO SEA, CONOZCO MUY BIEN ESTA CIUDAD, como si fuera mía, de hecho lo ha sido... y de qué manera. Pero eso no importa ahora. Se trata de salvarlo como sea. No tengo fuerzas para escribir una carta. Tampoco quiero ir al cuarto del teléfono para hablar con el señor arzobispo. Estos asuntos no deben tratarse a través de ese aparato. Prefiero decirselo por escrito.

La infanta se encierra en su despacho. Los leños crepitan en la chimenea. La luz de las lámparas eléctricas está encendida. Diez focos eléctricos con bujías esmeriladas. Se sienta pausadamente. El *secrétaire* de madera con incrustaciones de ébano y jaspes de colores que forman grupos florales. Encima, un cuadro de terciopelo marrón con un medallón de bronce dorado de forma oval. Dentro, la fotografía iluminada donde aparece su hija, la reina Mercedes. En sendos cuadritos también de terciopelo azul, los retratos de su hermana la reina Isabel y de ella misma cuando eran niñas.

—Llévale esta esquila a don Marcelo. Dile que vas de mi parte y que él sabrá lo que tiene que hacer. Sólo eso. Y nada más que eso.

Tras la reverencia de rigor, el enlutado emisario sale del palacio de San Telmo. Sabe de qué se trata el asunto. Por eso no sale por la puerta de los coches, la más cercana al camino que habrá de tomar para dirigirse al Palacio Arzobispal. Prefiere cruzar el vestíbulo iluminado por la luz eléctrica que sustituyó a la luz de gas que todavía desprende, en las grandes ocasiones, la lámpara con forma de araña. Antes de salir le dio las buenas noches a las armaduras que escoltan la entrada al insomne edificio. Un espada en la mano. Así nadie se llevará la goma lacada que sirve para que los visitantes se limpien los pies de barro. O eso decían las malas lenguas cuando hablaban de la tacañería del difunto duque de Montpensier.

Se lo traga el lobo domesticado y urbano de la noche. Una oscuridad densa, apenas respunteada por la luz eléctrica que alumbra alguna calle. Los jardines que se sitúan ante la fachada principal del palacio dan miedo. Los árboles parecen sombras chinescas, entintadas por la tiniebla que ha tomado posesión de la ciudad. Es tarde. El emisario cuenta, como siempre, los pasos. Es un maniático. Ochenta pasos. Eso es lo que

mide la mitad de la fachada del palacio. Deja atrás la blanca catarata, el retablo de piedra. Barroco total. Se concentra la decoración en el centro de la fachada. Ahora es la mano de Leonardo de Figueroa, y la de su hijo. Columnas con relieves de guerreros. Atlantes. Alegorías marinas. Arriba, presidiéndolo todo desde una espadaña hueca que deja ver los fantasmas de las nubes, san Telmo. Patrón de los navegantes.

Al llegar al final de la fachada principal, el emisario no puede reprimir el impulso. De reojo mira hacia su derecha. Allí, en la fachada donde se abre la puerta por donde entran los coches y por la que él debería haber salido, la balaustrada que corona el único piso. Y en esa balaustrada con vocación de proscenio, las esculturas teatrales que luchan contra la tiniebla. Hoy están más muertas que nunca. El cemento del que están hechas ha fraguado del todo. El emisario siente un escalofrío. Miedo. Se sacude el pánico apretando el paso. En el papel que no ha leído va escrito el nombre del escultor de esas sombras. Seguro.

El emisario cruza el lugar donde estuvo hasta hace unos años la Puerta Jerez. Derribada. Como las murallas que cerraban la ciudad. Sube por la calle de San Gregorio y cruza la plaza donde estuvo la Casa de la Contratación. Allí se firmaban los contratos de las flotas que iban a las Indias, cuando la ciudad era grande y no el remedo decadente de lo que fue. Al revolver una esquina se encontró con un mendigo despistado que enseñaba las cuencas vacías de unos ojos que no podían ver la magnificencia de la Catedral. A pesar de la oscuridad, aquella montaña de piedra aparecía en una plenitud que asombraba a los viajeros que se acercaban a la ciudad buscando ese exotismo que se elevaba en su torre más universal: la Giralda, que apenas se divisaba y que rozaba con su veleta las nubes bajas que rondaban sus alturas.

Llegó a la plaza que se abre ante el ábside abultadísimo de la Catedral: la piedra empujada por el edificio. En ángulo recto, pero sin llegar a tocarse, la fachada barroca del Palacio Arzobispal. Hacía un frío húmedo, pero el emisario no lo sentía. Había hecho el breve recorrido caminando con prisa, apretando el paso. Dejó la Giralda a su izquierda. Se acercó a la puerta de servicio del palacio. La conocía bien porque había servido allí antes de entrar en la larga nómina de servidores del palacio de San Telmo. El aldabón rompió la cáscara nocturna del silencio. Una voz renqueante y familiar preguntó a qué se debía esa visita a horas tan intempestivas. El emisario sonrió y lo llamó por su nombre. Al momento estaba pisando alfombras. Buena señal. El arzobispo andaría por allí cerca. Un candelabro iba sacando a los antiguos obispos y cardenales de esa neblina aceitosa que impregnaba los lienzos en que dormitaban.

—Me ha dicho la infanta que he de entregárselo en mano a don Marcelo.

Marcelo Spínola también conocía perfectamente la ciudad, aunque fuera su arzobispo desde hacía diez meses mal contados. Era un hombre sencillo que se desvivía por los pobres. Esto debería ser lo normal en un clérigo que predica el Evangelio, pero ya se sabe... Vivía en aquel palacio que rivalizaba con San Telmo hasta en el estilo y los colores almagre y calamocho de la fachada, pero no lo hacía a gusto. Su reino no era de este mundo de esplendor. Su reino estaba en los barrios donde a veces se comía, y a veces no. Cuando alguien sentía necesidad, lo arrimaban a la mesa. Y entonces se producía ese retuécano que recogió una escritora, amiga de la infanta, en su mejor novela: «comieron más y comieron menos». Al arzobispo Spínola, que aún no era cardenal, le preocupaba el estado de aquellas clases marginadas y marginales que conformaban

una auténtica masa de desheredados. Esa virtud se la afeaban los que mandaban en la ciudad. Como si ellos, por ser ricos de cuna, tuvieran la culpa de la pobreza ajena...

Don Marcelo aún estaba despierto. Rezaba y leía. Leía y rezaba. A veces se dejaba llevar por sus veleidades periodísticas y literarias. Además, era hombre piadoso que no abandonaba la oración. Cuando el emisario llegó a sus estancias más particulares, don Marcelo lo recibió con una sonrisa que desquadró a quien llevaba la epístola: esperaba un gesto desagradable, alguna impertinencia. Pero fue todo lo contrario. Spínola leyó la esquila. Lo comprendió todo al instante.

—Dígale a Su Alteza que haré todo lo que esté en mi mano, aunque el asunto es complejo. Un crimen de estas características sólo puede tener, en última instancia, el perdón de Dios, que es todo misericordia...

4

CIENCIA Y FE. CON MAYÚSCULA EN CADA CASO. EL SIGLO XIX, moribundo como el polvo que acumulaban los almanaques, se había debatido entre la Ciencia y la Fe. Para salvar al escultor había que conciliar ambos principios rectores del conocimiento y de la conducta. El matrimonio que formaron la infanta y el duque de Montpensier representaba nítidamente estas dos concepciones de la vida. María Luisa Fernanda era una mujer religiosa, piadosa tirando a beata, se dedicaba a rezar de forma continua, como si en las oraciones estuviera el resorte que pudiera salvarla del infierno. Su esposo era todo lo contrario. Antonio de Orleans presumía de ser un racionalista confeso, un hijo de la Ilustración y de la Enciclopedia que recitaba a Voltaire.

—Tantos fraudes, tantos errores, tantas nauseabundas teorías como las que nos inundan desde hace mil setecientos años no han podido dañar nuestra religión. Debe ser sin duda divina, puesto que diecisiete siglos de bribonadas y de imbecilidades no han logrado destruirla; y reverenciamos tanto más la verdad cuanto que despreciamos la mentira.

—Hay que ver las cosas que piensas y que dices, Antonio, te vas a condenar...

—No lo digo yo, Luisa. Lo pensó Voltaire.

—Peor me lo pones.

Antonio de Orleans no soportaba el boato de esas misas interminables en palacio. Sentía que estaba perdiendo el tiempo. Cuando el cura se alargaba en la homilía, el duque hacía un gesto ostentoso con su reloj para indicarle que abreviara.

Esos dos principios contradictorios de la Ciencia y la Fe también se dieron cita en la acción que cometió Antonio Susillo al temprano anochecer de ese 22 de diciembre de 1896. Quien estaba dotado para imprimirle vida a la materia inerte a través del arte hizo todo lo contrario: un hombre quedó reducido a la pose de la escultura que ya no podría moverse, rígida y sin alma. Susillo cambió la pala de modelar por una pistola. La lentitud del barro por el fogonazo instantáneo del disparo. Y ahora tendrían que salvarlo de la condena fatal gracias a la Ciencia y a la Fe.

—Que llamen al doctor Roquero, quiero hablar con él esta misma noche, me da igual que esté despierto o dormido, tiene que venir aquí como sea...

La voz de la infanta suena débil y fuerte al mismo tiempo. Los años, las desgracias, el cansancio de la vida se notan en el volumen. Su afán de mando y el haber nacido para imponer su voluntad aparecen en el timbre seco, en el tono firme, en la dicción severa. Después de haberle comunicado la fatal acción

de Susillo al arzobispo don Marcelo Spínola, la infanta quería atraer a su terreno el mundo de la ciencia, de la medicina. Susillo no había cometido un asesinato porque sí. Seguro que en su personalidad, en su cerebro, en su raciocinio equivocado había algo que fallaba y que podría exculparlo.

La infanta permanecía en silencio. La mirada perdida. Los ojos caídos, acuosos. Se refugió en el oratorio antes de dirigirse a su dormitorio. En las paredes, los lienzos de Joaquín Bécquer: los Montpensier obviaban el apellido Domínguez, como el resto de la ciudad. Unos cuadros que ahora mismo no es capaz de mirar, porque ahí está cifrado el abandono de Dios. ¿Cómo pudo abandonarla quien era el norte y la luz, el santo y la seña, la contraseña y la guía de una mujer que no se cansaba de entregar su vida a Dios? Aquellos cuadros permanecen ajenos a la mirada de la infanta. En esta noche de diciembre no se atreve a contemplarlos. Cualquiera los habría quitado hace tiempo. Mucho tiempo. Nadie en su sano juicio los habría encargado. Pero ella es así. Y así le entregará el alma al Creador a pesar del abandono al que la ha sometido durante tantos años.

Los labios finos, marchitos como las flores que ya no se cuidan como antes en los jardines modernistas de palacio. Nunca fue guapa, pero siempre guardó un porte que no llegó a tener su hermana, la reina Isabel II. Su aspecto físico mejoró con la vejez. Su rostro se fue amoldando a su pietismo, a su forma de ver la vida como un campo abonado para la caridad. Socorrer a los pobres era su destino, y lo llevaba a cabo con esa expresión sin expresividad, con esa frialdad que poco o nada tenía que ver con la extraversion borbónica. Además, ahora estaba viuda. Era la viuda del único hombre con el que tuvo conocimiento carnal. En esto tampoco se parecía a su hermana Isabel.

Sonaron las diez de la noche. Era muy tarde. El doctor Roquero, médico de fama ganada a pulso, estaría dormido después de haber rezado sus oraciones y de haber estudiado en su gabinete. Era un hombre probo, recto, una autoridad en la materia. La nota con la petición de la infanta viajó por la ciudad a oscuras. Dentro de dos noches, a esas horas, los templos bullirían de sonajas y panderos, de cánticos de alabanza al niño Dios. Los pobres comerían de una forma más o menos decente gracias a la caridad de la infanta y de otras señoras que ejercían esa virtud para no ser menos. Aunque eso tampoco era como antes, cuando la Corte Chica de San Telmo estaba en la cima de su esplendor.

En la ciudad suena continuamente el eco del aldabón. Otra vez el sonido que pone en guardia al sereno, otra vez la nota que va de mano en mano para comunicar un suceso que poco a poco conmovería a la ciudad que admiraba sus estatuas y que tenía otro concepto del personaje. Antonio Susillo se debatía, a esas horas de la noche, entre el arzobispo y el médico, entre la Ciencia y la Fe, entre la condena y la salvación. El viaje fue en vano. El doctor Roquero no estaba en su casa. Había salido. Alguien se le había adelantado, pero eso no lo sabía la infanta hasta que llegara el momento.

5

EL TIEMPO ES UN BUCLE. VIENE Y VA. REGRESA. COMO LA MAREA. El chirrido del tren correo lo despertó de sus cavilaciones. Estaba buscando al otro, pero aún no había llegado. El mediodía de aquel fatídico 22 de diciembre de 1896 había caído de forma precipitada. Como si el sol tuviera prisa por alejarse de las nubes que lo cubrían. Las vías discurrían paralelas, y se encon-

trarían en ese infinito que es una abstracción matemática. Ese infinito es, para el hombre, su propia muerte. Ahí termina la vida y ahí empieza la eternidad. Antonio Susillo acariciaba la pistola una y otra vez. De forma obsesiva. El chirrido del tren fue un mordisco de mastín que desgarró su cerebro por dentro. Susillo padecía esa hiperestesia que el Romanticismo, otra vez el dichoso Romanticismo, achacaba a los poetas y a los artistas, a los hombres que son más sensibles que nadie y por eso son capaces de darle forma a la materia o ritmo al lenguaje.

Le dolía la cabeza. Los nervios se le desataron después de escuchar ese chirrido horrísono. Le faltaba el aire, y eso que la explanada junto al río era un pulmón de oxígeno sin pleura. Respiraba con dificultad. El pecho oprimido. La tráquea le apretaba por dentro, como si la corbata negra fuera una soga anudada a su cuello. La palabra angustia se quedaba pequeña para describir la ansiedad que sentía en ese momento. Sus pupilas se afilaban en busca del lugar idóneo, del sitio exacto donde el otro esperaría el momento fatal. Un duelo a primera y única sangre.

—Ese hombre lleva el mal fario en la cara, ¿no lo has visto, Carmela? Me ha dado un repelús que me ha dejado el cuerpo cortado, ese pobre hombre tiene busilis...

El bucle del tiempo sigue regresando al origen de la mañana, al manantial del que brotó el último amanecer que sorprendió a Susillo. La gitana vendía especias para aderezar los pavos que tenían, como el hombre al que buscaba el escultor, las horas contadas. La gitana, sería como una estatua en el bronce de su color callado, lo había visto pasar por la plaza de San Lorenzo. Y no se le había borrado la imagen de la cabeza. Moreno. Con las cejas pobladas. Serio hasta el límite de lo fúnebre. La expresión febril y fría al mismo tiempo. Todo de negro, excepto la blanca camisa que servía para resaltar la en-

lutada indumentaria. La gitana se volvió solícita y zalamera, como si su profesión consistiera en eso. Le ofreció su mercancía: pimienta, clavos, matalahúga, ajonjolí... La gitana vendía el olor de la Navidad, el aroma de las Pascuas que estaban a punto de llegar a las mesas y a los manteles de forma irregular.

—Siempre hubo ricos y siempre hubo pobres, ¿verdad, Carmela? Y siempre los habrá, pero nosotros podemos engañar al hambre durante una noche y creernos ricos con estas especias.

A aquella gitana, que no era vieja aunque lo pareciera por su aspecto y su pañuelo negro, no se le quitaba de encima la visión de aquel gachó. ¿Adónde iría tan temprano y tan compuesto? Con esa curiosidad que le picaba por dentro, la gitana dejó el puesto en manos de Carmela y siguió al payo. Se dirigía hacia el río, allí donde sólo estaban las vías del tren. La estación quedaba lejos. Podría cruzar las vías y acercarse a la orilla. Pero eso no tenía sentido. No hacía buen tiempo para pasear. Allí no habría nadie. ¿Qué iría a buscar en aquel lugar abonado a la soledad? El hombre sintió que lo seguían. Se dio media vuelta. La mirada heló la sangre de la gitana. De pronto, aquella mujer se sintió paralizada. Como si fuera una escultura. Y lo peor no fue eso. Salió corriendo en dirección contraria, en busca del puesto, de las especias, del refugio que siempre nos ofrece lo cotidiano.

—Mucho me equivoco o este gachó va a hacer algo muy gordo, Carmela.

—No mientes ruína, que cada vez que hablas así hay un muerto, Dios Santo...

Las dos mujeres se santiguaron. Una criada se acercó en busca de canela y de clavos. A Carmela le temblaban las manos cuando le dio los dos cartuchos con las especias.

HAY ALGO PEOR QUE EL CHIRRIDO DEL TREN. ES EL LLANTO de un niño. Después de haber cruzado la plaza de San Lorenzo sintió ese aullido. Un niño moreno lloraba en los brazos de su madre. Ella no le echaba cuenta. Era una mujer humilde. Se le notaba en la ropa, en el habla, en la forma de coger al niño en brazos. Estaba hablando, tan tranquila, en medio de la calle con otra mujer como ella. Eran jóvenes, pero no lo parecían. Las dos habían parido. La otra llevaba una niña encima. Descuajaringada. Deforme. Susillo la miró brevemente con ojos de escultor. No le interesaba. Quiso quedarse en esa forma sin forma para no escuchar el llanto del niño. Pero fue imposible.

Ese niño sigue llorando en su cabeza. No lo puede soportar. El niño llora en la casa donde se fue a vivir con Antonia, su primera mujer. Había nacido antes de que se cumpliera un año de la boda. Era moreno. Como el niño que seguirá llorando en esa maldita calle. Como él mismo. Fue padre sin quererlo. Eso no lo sabe nadie. Lo lleva como un estigma, como una mancha. Aquel niño nació mal. Desde el principio se torció la cosa. Lloraba y lloraba. Y cuando no lloraba era peor, porque entonces era Antonia, la madre joven y débil, quien lloraba. Ese llanto martiriza sus tímpanos y rompe los oídos. Por dentro. Es más que insoportable. Es el sonido del infierno.

Aquel niño llegó atravesado al mundo. Vivió muy poco tiempo. Dios se lo llevó muy pronto, como repetían las plañideras con aquella salmodia que le provocaba tanta irritación como el llanto del recién nacido. El recién muerto ya no lloraba. La paz era el silencio. Estaría en el cielo, ese lugar donde no hay más sonido que el silencio de Dios. Aquel año también

murió una muchacha que no pudo parir. La muerte se adelantó a la vida. Aquella muchacha hundió a la infanta en la ciénaga de un dolor que no cesaba. Ahora lo recuerda, cuando la noche ha caído como un telón sobre el gran teatro de la ciudad. Su escultor de cabecera lo recordó esta misma mañana, cuando iba a enfrentarse con el único hombre que podría quitarle ese llanto de la cabeza.

Al poco tiempo de morir el niño que llevaba el apellido de Susillo, se fue la madre. Al principio pensaron que era la tristeza de haber perdido a su primer hijo. En realidad eso no tenía la mayor importancia. En aquella época los niños morían en fila. Ordenaditos. Uno detrás de otro. Se les ponían jazmines y a volar. ¡Angelitos al cielo! La muerte estaba presente en las casas. No había cama de matrimonio donde no se hubiera velado un cadáver. O varios. El muerto reposaba donde los vivos yacían para engendrar nuevas vidas. Todo estaba entrelazado. La vida y la muerte se sucedían sin descanso. El horror ante la muerte de un niño vino después. La infanta lo sabe bien. La memoria la lleva a los meandros de su vida que quiere olvidar. No es plan de irse al lecho con esa idea. Pregunta por el emisario. Al poco tiempo se presenta. Le ha entregado el billete en persona al arzobispo Spínola.

—¿Qué ha dicho don Marcelo?

—Que hará todo lo que esté en su mano, que no os preocupéis, Alteza.

—Que sea lo que Dios quiera. Ahora tengo que descansar. Ya no puedo con esto...

Esto es la vida. Esto es la memoria. Esto es la impedimenta que llevaba Antonio Susillo cuando se dirigía, esta misma mañana de humedad y diciembre, hacia las vías del tren que marcan las nuevas murallas de la ciudad. En su cabeza sonaba el llanto del niño que se le murió cuando no tenía ni un

año de vida. El ruido del infierno lo llevaba en su cerebro. Y eso lo sabía el doctor Roquero, que a estas horas de la noche ya está documentándose para el informe que salvará a su amigo Susillo de la pena capital.

7

AÚN NO HA TERMINADO EL DÍA. LOS CONTORNOS DEL 22 DE diciembre de 1896 empiezan a morder la última hora de la jornada. Pronto sonará el bronce de las campanas de la Giralda. Darán las doce. Y el arzobispo las escuchará desde su despacho. Ha cenado como es costumbre en él. Frugal. Una taza humeante de caldo con algunos trozos de verdura. Un huevo pasado por agua donde ha mojado algunas sopas de pan. Un vaso de agua clara. Y por aquello de la cercanía de la Navidad, unos mazapanes que le han llevado las monjas del cercano convento de Madre de Dios.

Don Marcelo Spínola aprieta en su mano el billete que le envió la infanta. De tantas idas y venidas, el papel está arrugado. Como el que modeló Susillo para la estatua de Daoíz. El arzobispo Spínola es hombre recto con vocación sincera de santidad. Todavía no ha salido con una hucha por las calles para pedir limosna para los pobres. Pero pronto lo hará. Ahora el tiempo es un bucle que se extiende hacia el futuro. No habrán pasado diez años cuando vaya por las casas señoriales para pedir esa limosna que pueda proporcionar el pan que necesitan los pobres para vivir. La cosecha de 1905 será pésima. La gente asaltará las tahonas. Y el arzobispo pondrá el pie en el suelo y la hucha delante de esas cancelas que protegen a la burguesía y a la aristocracia que se reparten los despojos de la Sevilla que fue grande.

El papel le quema en la mano. Si al final Susillo se salva por su influencia, estará cometiendo un pecado gravísimo. Habrá dejado sin castigar un crimen. Y el muerto no se lo perdonará jamás. Pero si deja que lo condenen a la pena capital, entonces habrá dos muertos en lugar de uno. El viento mueve los cristales. Fuera hace frío. Al viejo cura —estos obispos nunca dejan de serlo— se le remueven las entrañas. Sabe cómo se sobrevive en esas casas de vecinos donde hombres, mujeres y niños duermen apilados. Cómo la humedad reptaba por las paredes y muerde los bronquios hasta dejarlos listos para la pulmonía o la tuberculosis. Cómo escasea el pan mientras las casas nobles están decorando sus salones para celebrar el nacimiento del Hijo del Hombre, «el que eligió un humilde pesebre para encarnarse en uno de nosotros», sostiene Spínola en sus homilías.

La infanta no puede dormir. En su cabeza está ese papel. En sus manos, el rosario que se ha llevado a la cama. Está incorporada, apoyada en los almohadones que la mantienen en vilo. Antes de que cante el gallo, el arzobispo Spínola habrá tomado su decisión. No puede postergarla. La balanza que pintó Valdés Leal para el hospital de la Caridad está, sin necesidad de fiel ni de platillos, en la mente del obispo. A un lado, la petición de la infanta y de los amigos de Susillo. Al otro, la justicia que ha de impartir desde su sede. Empiezan a sonar las campanas. El día se termina. Y el arzobispo Spínola siente cómo se inclina la balanza. Al principio, de forma imperceptible. Poco a poco va tomando forma la decisión. Antes de guardar el papel bajo llave en un cajón de la mesa de su despacho, don Marcelo Spínola siente un extraño calor dentro de su pecho. No sabe cómo definirlo. Cuando se va a la cama y cierra los ojos, en medio de la oscuridad lo ve claro. Ese calor es la forma corporal, humanísima, de la misericordia.

LOS AMIGOS DE SUSILLO NO PIERDEN EL TIEMPO. LA NOCHE echó el cerrojo de una oscuridad temprana y densa. El hecho sucedió alrededor de las cuatro de la tarde. Hubo testigos oculares. Los pasajeros que viajaban en el tren correo pudieron verlo todo. Dos guardias civiles echaron el freno de seguridad. Dispararon al aire para avisar a los maquinistas.

Los amigos de Susillo empezaron a recabar informes. Había que buscar una eximente. Para ello hacía falta un médico. El doctor Romero firmó los papeles necesarios para que el autor del crimen fuera considerado como un demente. Así se salvaría de la máxima pena. Luego vendría el informe, más detallado, del doctor Roquero.

Al mismo tiempo empezaron a correr, como la pólvora seca de la murmuración, las interpretaciones que iban de corrillo en corrillo, de mentidero en mentidero. Todas apuntaban a la segunda mujer de Susillo como la culpable del asesinato. Tras la muerte de su madre, el artista se casó con María Luisa Huelin. Los raíles le recordaron ese detalle que había pasado desapercibido. Antonio y María Luisa. Un duque casado con una infanta y un escultor que hace lo propio con una malagueña de familia distinguida. Dos matrimonios abocados al infortunio, aunque por motivos diferentes y con unas consecuencias distintas y distantes. Antonio y María Luisa. Nombres repetidos. Vidas paralelas que sólo llegaron a cruzarse en las estatuas de cemento que permanecen en la tiniebla de la balastrada del palacio de San Telmo.

El vulgo empezó a murmurar aquella misma noche. Tres años antes había muerto la madre de Susillo. Eso le provocó un estado emocional del que difícilmente saldría. La euforia se alternaba con la depresión. Para colmo de males, aquel fatídi-

co 1894 también murió su hermana. El padre había fallecido diez años antes, cuando él estaba en París. Su primer matrimonio apenas le duró dos años, y su único hijo falleció al poco de nacer. Todas las desgracias le fueron llegando para hundirlo en la amargura. En Málaga conoció a María Luisa Huelin. Una señorita de buena familia. Susillo era viudo y tenía cuarenta años. Había concluido recientemente una imagen que lo acompañaría después de su muerte: el Cristo de las Mielles. Luna de miel tras el Cristo que lleva ese enigmático nombre por la miel que mana de sus labios. En su interior de bronce, las abejas laboraban. Puro misticismo terrenal.

El vulgo le echó la culpa desde el primer momento a la segunda mujer. Una dama con pretensiones. Según el pueblo que no tiene nombre, pero que maneja una lengua afilada como el veneno sutil de la sierpe callejera, la esposa lo colocó delante del espejo más peligroso. El que nos devuelve la imagen de lo que somos. Hecha al mundo burgués que despejaba en la ciudad costera, ambiciosa y presumida, esta María Luisa creía que iba a triunfar en la Sevilla donde aún alumbraban los rescoldos de la Corte Chica de los Montpensier. El duque había muerto cuatro años antes, pero la infanta seguía al frente de San Telmo. Y el escultor preferido de su tocaya era Antonio Susillo. De esa forma entraría en la alta burguesía y se codearía con la aristocracia. Pero todo se le vino abajo el día en que lo vio con el guardapolvo después de haber estado trabajando con el barro. La frase que le adjudica el pueblo es letal.

—Creía que me había casado con un artista y resulta que soy la mujer de un obrero manchado de polvo...

Eso le haría perder la cabeza a quien estaba tocado del ala por la muerte de su madre. En una mezcla de depresión y de euforia, Susillo decidiría matar a quien era el culpable de aquella situación. Al hombre que no le había permitido, con

sus críticas acerbas dirigidas al talento del artista, desarrollarse como era menester. Por eso lo citó dos días antes en aquel lugar donde los raíles del tren corren paralelos al río. El tipo no se presentó por miedo. Una segunda cita lo obligó a hacer acto de presencia. Y ahí está. Delante de Susillo, que acaricia la pistola que guarda bajo la levita negra mientras el tren correo se acerca lentamente.